

saciones que les producían el *peyote*, las hicieron ritmo, saltos, bailes, habiendo nacido entonces la danza del *jiculi*.

—¿Conoce usted las danzas de los indios de Chihuahua?— me interroga una linda erudita en danzas mexicanas.

—Algunas de ellas—le contesto—. Es tan grande la variedad de los bailes en México que es imposible conocerlos todos. Cada región, cada pueblo, ha inventado una manera de expresar sus pasiones, pero al fin, la danzas de Chihuahua, como las de Oaxaca, como las de Jalisco, como las de Guerrero, a pesar de sus diferentes pasos, de sus diferentes cadencias, de sus diferentes ademanes, nacen todas de paralela teoría, de ideología idéntica, y todas conservan, en el fondo, igual principio, simbolismo unánime: la adoración.—G U I L L E R M O J I M É N E Z.

México, 1931.

DON HERMOGENES PEREZ DE ARCE

1845-1902

Prólogo de una biografía que publicará próximamente don Santiago Marín Vcuña.

CUANDO se escriban las vidas ejemplares de los hombres que en las finalidades del siglo XIX organizaron la República de Chile y lograron con sacrificio y abnegación hacerla respetada en medio de su pobreza y pequeñez, una de las que servirá más eficazmente el propósito de edificar a las nuevas generaciones con el ejemplo, será la de don *Hermógenes Pérez de Arce*.

Pertenece al grupo de los grandes administradores públicos de los tiempos de sobriedad, de restricciones, de humildad fiscal y vigilante cuidado de los intereses nacionales. Es el último cuarto del siglo pasado. Chile tiene escasa población, escasa riqueza, medios honestos de aumentarla con lentitud. Pero, lo que tiene, lo administra austeramente una raza de hombres para quienes el servicio público es un sacerdocio, la defensa del Estado una religión severa, inflexible.

Gobierna la República un núcleo de familias que desde la Independencia se han transmitido la función oligárquica de ve-

lar por el interés de la comunidad; y gobierna con honradez. No se sabe de hombre alguno enriquecido en el servicio del Estado. Los Presidentes salen de la Moneda físicamente quebrantados y económicamente debilitados. La frase ha largo tiempo olvidada *el pago de Chile*, tiene un sentido preciso: Chile paga poco a los que lo sirven, porque entiende que el servicio de la nación es un grande honor y sólo puede conferirse al que lo toma para sacrificarse y no para lucrar. Presidentes, Ministros, magistrados de Justicia, viven con modestia cercana de la pobreza. Los funcionarios inferiores tienen lo necesario para conservar su decoro de personas decentes. Los miembros del Congreso no reciben dieta. El diplomático cesante vende su casaca bordada al sucesor, que no siempre puede adquirir una nueva. Hay un Presidente de la Corte Suprema que al volver a su casa, después de las sesiones del Tribunal, cepilla, dobla y guarda cuidadoso la levita y la capa para que le duren más tiempo sin adquirir mucho lustre.

Y esta oligarquía, en un tiempo maldecida, es una de las combinaciones más democráticas que han existido en Chile. Los gobernantes con nombres históricos y de ordinario terratenientes, descubren y sacan de la obscuridad y elevan a altos cargos a un sinnúmero de jóvenes desconocidos, hijos de honorables y modestísimas familias de provincias, sin fortuna, pero con talento y con el sentido moral que entonces se exige para el servicio del Estado. Así aparecen en Santiago y llegan a los más altos cargos de la nación don *Manuel Montt* y don *Antonio Varas*, don *Eulogio Altamirano* y don *Abdón Cifuentes*, don *Hermógenes Pérez de Arce* y don *Carlos Walker Martínez*. Vienen de honorables familias de Atacama y Aconcagua, de Maule y de Valdivia. Su talento se revela sin esfuerzo y los estadistas de abolengo tradicional lo reconocen y saben aprovecharlo para el servicio del Estado.

Pero entre todos esos jóvenes venidos de provincias y destinados a posiciones muy altas en el Estado, el señor *Pérez de Arce* se distingue por las dificultades que halló en su niñez y primera juventud para su educación. Los otros que hemos nombrado y muchos como ellos vinieron niños a Santiago, hicieron sus humanidades, que entonces lo eran de verdad, en el Instituto Nacional o en colegios congregacionistas. Mientras que don *Hermógenes Pérez de Arce* luchó con la falta de recursos de su familia, conoció apenas la escuela primaria y algunos años de un liceo de segundo orden y tuvo que educarse a sí mismo, leyendo, estudiando, reflexionando, en un esfuerzo que

maravilla cuando se piensa en el grado de cultivo intelectual a que llegó.

El señor *Pérez de Arce* se parece a ciertos personajes de la historia de los Estados Unidos, sin que sea exageración o falta de proporciones compararlo a *Lincoln* con el cual tiene de común la heroica voluntad de adquirir cultura intelectual mientras luchaba con denuedo para llevar el pan a su hogar. La juventud de este hombre ha debido ser de una disciplina moral severa, inflexible. De otra suerte no habría podido hacer lo que hizo en condiciones tan desfavorables. Nada encontró hecho, salvo el sentimiento del honor, la caballerosidad, la tradición de servicio público y de amor a las letras que existían en su noble estirpe. Todo lo demás lo hizo él con voluntad, con inteligencia, con valor para vencer.

Tuvo desde niño la tendencia a esos placeres del espíritu que son las letras, la poesía, la composición literaria. Sintió por tradición de su tío *Camilo Henríquez* el amor a la prensa y la fe en la eficiencia del periódico para divulgar ideas y hacer mejores a los hombres. Había en él mucho de profesor, algo de apóstol, no poco de artista por el amor a la belleza realizada en las letras y las artes entre las cuales prefirió siempre la música.

De su temperamento principal acaso el rasgo predominante es el sentido del método, la ordenación perseverante de todos los esfuerzos a un fin determinado. Todo esto lo alumbra una conciencia recta que llega a la austeridad en la vida privada y aplica a la acción pública el mismo criterio, la misma moral. Es un hombre veraz, incapaz de una mentira, de una transacción con los dictados del honor o de una falsía para los demás o dentro de su propio espíritu. Convencido de la bondad y verdad de una doctrina, de una actitud, de una resolución, procede sin vacilaciones y nada puede haber que lo desvíe.

Don *Hermógenes Pérez de Arce*, nacido en 1845, pertenece a la generación que llegó cuando Chile se organizaba y recibió como herencia de los organizadores de la República una fe profunda en los destinos de la Patria, grande amor abnegado para servirla y un sentido riguroso del derecho, de la ley, de la libertad en el orden.

Conservador por su respeto a la tradición y su amor al orden, el señor *Pérez de Arce* es liberal por sus ansias de progreso y la valentía con que busca reformas para perfeccionar el organismo civil de la nación.

La política en el sentido de las luchas de partidos, no le interesó. Su apostolado del servicio público lo ponía un poco al margen de esas contiendas electorales o parlamentarias. Que-

ría un buen gobierno, hombres honrados para administrar el Estado; poco le importaba su clasificación partidista.

Aplica a la administración pública esas condiciones y tendencias de su carácter. Organiza una provincia recién creada; dirige los servicios de Intendencia del Ejército en campaña; administra las aduanas del Perú durante la ocupación chilena de ese país; sirve en los Ferrocarriles del Estado. Y en todos esos cargos muestra las condiciones del perfecto administrador público: tiene la concepción de conjunto y vigila los detalles. Poco a poco, en su afán de estudiar, de observar, de elevarse a generalizaciones, el señor *Pérez de Arce*, que ya ha hecho la práctica administrativa, se convierte en un admirable teorizador, en un profesor de administración pública. En su espíritu generoso hay la necesidad de difundir, de enseñar, de participar a otros lo que la experiencia y el estudio le han revelado.

Más interesante es aún en esta vida de un hombre que pasó por tan diversos cargos públicos, que fué Ministro de Estado y se vió muchas veces en medio del torbellino de la política, la continuidad estricta de las doctrinas que sustentó, especialmente en el terreno económico y social.

Don *Hermógenes Pérez de Arce* fué proteccionista desde la juventud. Era un convencimiento suyo la necesidad de amparar el tímido brote de actividades productoras en este país. Lo fué como periodista, lo fué como Ministro de Hacienda, lo fué en libros y folletos y lecciones. El advenimiento del papel moneda de curso forzoso lo halló armado de sanas doctrinas monetarias y sostuvo con una energía infatigable la necesidad de volver al circulante de oro. Combatido en sus primeros esfuerzos durante la presidencia de *Santa María*, derrotado en los que hizo bajo la administración del *Almitante Montt*, el señor *Pérez de Arce* no hizo más que redoblar su propaganda enérgica en favor de la conversión metálica. Durante muchos años, y cuando ya estaba consagrado casi exclusivamente a la redacción principal de *El Mercurio*, escribió en favor de la estabilidad monetaria, denunció los males producidos por el papel moneda, contestó los argumentos de los defensores de ese régimen ruinoso para Chile, mantuvo polémicas, difundió sanas doctrinas y legó a ese diario una tradición que no ha sido olvidada.

Inútil sería buscar en la vida de don *Hermógenes Pérez de Arce* una contradicción. Hay ciertos principios fundamentales de derecho, de economía política y de finanzas a los cuales fué fiel durante toda su vida y en todos los aspectos muy variados de su actividad.

Había oído el consejo de Virgilio al Dante:

Vien dietro a me, e lascia dir le genti;
Sta come torre ferma, che non crolle
Giammai la cima per soffiar de'venti.

En un momento difícil de su carrera, cuando el Presidente *Balmaceda* se puso en pugna con el Congreso, el señor *Pérez de Arce* se mantuvo leal como funcionario que debía cumplir con su deber de dirigir un vasto servicio nacional; pero no aprobó la inconstitucionalidad del Presidente, ni el recurso de sus adversarios a la guerra civil. Pasada la tempestad, muy pronto el partido vencedor entendió que debía de nuevo utilizar para el servicio del Estado la competencia, la integridad, el prestigio del antiguo Director General de los Ferrocarriles.

La vida de don *Hermógenes Pérez de Arce* que el Ingeniero don Santiago Marín Vicuña ha escrito con una documentación de primer orden y una inteligencia *perfecta* de la figura que analizaba, es un capítulo de la Historia de Chile. En ella el lector se asoma a períodos de un interés apasionante: la organización de la República después de 1833; la guerra del Pacífico y los secretos administrativos del triunfo; la honrada, sobria y patriótica administración fiscal de aquellos tiempos; el nacimiento del papel moneda, la resistencia de los intereses vinculados a ese régimen, la lucha de unos cuantos hombres de sana doctrina y absoluto desinterés para volver a la normalidad monetaria; el comienzo de nuestras malas finanzas y los primeros síntomas de la desorganización del país por el parlamentarismo desequilibrado y sin válvulas de seguridad, y a través de todos estos accidentes de una época agitada, la figura del señor *Pérez de Arce* pasa serena, siempre igual a sí misma, sin una desviación, sin una renuncia a lo que su conciencia le señalaba como bueno, como justo, como sano y patriótico.

Y esta figura austera de hombre público, de escritor, de maestro, se completa con la personalidad del señor *Pérez de Arce* en su vida privada. Modestísima, sin ambición de dinero o de honores, vivía para la familia en un amor conyugal y filial de que no hay muchos ejemplos. Sencillo, apacible, alejado de todo bullicio, cada día más sumido en sus lecturas, su reunión familiar y su afición a la música y la poesía, no necesitó envejecer para adquirir algo de patriarcal. Un círculo de amigos, entre los cuales estaban los hombres más eminentes de su tiempo, lo rodeaba de la más respetuosa consideración. Los suyos lo amaban y lo admiraban.

Del estudio de vidas como esta acaso nunca saldrá su imitación, porque los tiempos mudan de tal suerte que la mejor voluntad no lograría reproducir en los nuestros el curso de una existencia del pasado aunque no sea tan remoto. Pero en las páginas de este libro hay un perfume moral que se desprende de cada incidente del relato, un resplandor de ciertos principios fundamentales de moral individual y social que son eternos y que bien pudieran inspirar a la juventud de hoy, como iluminaron la de aquel joven que en el aislamiento de Valdivia de mediados del siglo anterior se educaba a sí mismo y preparaba su entendimiento y su voluntad para añadir su esfuerzo al de los que estaban haciendo de Chile una gran nación.—CARLOS SILVA VILDÓ SOLA.